

Por LUIS LOPEZ DE MESA

Discurso pronunciado el 20 de agosto último en el salón de actos de la Biblioteca Luis-Angel Arango, durante la sesión conjunta celebrada por las Academias Colombianas de Historia y Ciencias Naturales para conmemorar el aniversario de la fundación del Observatorio Astronómico Nacional.

Dicen algunos astrofísicos que el fenómeno Doppler observado en el espectro de las remotas galaxias pudiera interpretarse, no como acelerado alejamiento de su luz sino como fatiga de ésta, que la degrada hacia el rojo; y yo, al recordar con ocasión del presente aniversario el fervor de nuestros abuelos de entonces por los estudios científicos que muy respetuosamente denominaban "filosofía natural" para distinguirlos del ergotismo escolástico, y compararlos con la languidez con que ahora se les sigue, pienso también en una posible fatiga de las ideas, ya porque se apague un poco la "energía naciente" con que surgen, ya porque se incorporen en su obra, ya, en fin, porque la mente humana se aburra de lo habitual: Ello es que los nombres de Newton, Laplace, Lavoisier y Lineo, v. gr., o el de Humboldt, joven todavía, resonaban en su boca con tremulación de rito arcano.

De esta fatiga de las normas adolece nuestro espíritu. El saber, que es informe del entendimiento, sufre de una inflación de pormenores e indefinido análisis que ya compromete la verosimilitud de sus dogmas, cual ocurre en todo período alejandrino o barroco, y la sabiduría —norma de conducta y diadema del espíritu— se ha eclipsado en un "maelstrom" de catástrofes. De ahí que últimamente se haya intensificado el análisis conceptual de civilización y cultura, acriminando aquella de materialismo y a esta acusando de languidez normativa, o "conativa" al menos.

¿Existe a la verdad dicha diferencia ideológica? Desde luego, el distingo es útil en muchos órdenes —el didascálico sobre manera— pues permite instruir las gentes con encomio de la idealidad que se atribuye a la cultura y menosprecio del utilitarismo que se presupone en la civilización “materialista”, y de seguro ya sería difícil no usar de esa distinción semántica en el actual comercio de las ideas.

Proyectemos sin embargo estos dos rumbos y sus nombres en la pantalla histórica de la humanidad, por ver si esencialmente discrepan o se contradicen.

Con la imaginación —y el supuesto es científico— podemos contemplar el “status” (situación y condición) de vida del hombre primigenio, en cualquiera de sus genealogías evidentes, y admitir que en cuanto fue “homo sapiens”, en cuanto adquirió especie propia con dotes o virtud de psique y carácter inconfundible disfrutó de cuatro instrumentos naturales y dos de su propia mente, que le habilitaron para dominar su mundo, que le acrecieron su potencia ofensiva y defensiva en un múltiplo enorme: El fuego, el garrote, la sílice y la cuerda, con que agigantó su brazo: la palabra, amén, y la numeración, que lo encauzaron hacia el espíritu. Cien palabras a lo sumo, cien adjetivos probablemente, como mío y tuyo, amigo o enemigo, comestible o dañoso etc. debieron de constituir el núcleo primitivo de su lenguaje, y los veinte dedos dar origen a la numeración. Poca cosa sin duda, y con todo, en ciernes ya cuanto luégo habría de constituir las bases de la civilización: el cercado y la casa, el arado y el remo; el hacha y el cuchillo, la piedra de moler y el dolmen; el lazo y el vestido, el ligamento y la red; la significación nominal y conceptual luégo; la enumeración y mensura adelante... Con ello, caza y pesca, domesticación y agricultura, agrupamiento urbano y trueque, elación religiosa y gobierno común.

Ya en esta etapa, miles de instrumentos y utensilios, el lenguaje hecho idioma con virtud de abstracción y el número genitor de cálculo y abreviantes operaciones, los dos términos surgen: de “colo”: cultivar la tierra, **cultura**; de “cives”: asociado o compañero, “civitas”: ciudad, y de “civitas” **civilización**. Una y otra, pues, dimanar de aquellos seis primitivos instrumentos.

Y así vemos que lo instrumental es algo más que lo mecánicamente útil: su invención presupone un pensamiento intuitivo.

vo, un esquema mental de su ser, y en siendo, suscita otras intuiciones más y más remotas, más y más sutiles, en uno a modo de ese estallido en cadena que ocurre en la fisión y fusión del átomo. Tanto es ello así, que filosofía y religión, v. gr., no superan mucho en concepto los recursos instrumentales de que dispone la sociedad en que existen. De ahí, en efecto, las hipótesis presocráticas de que todo se originara de alguno de los cuatro "elementos" visibles a su observación, tierra, agua, aire y fuego, como que fueron sus dioses trasuntos estilizados de la naturaleza, en serie casi indefinible.

Sino que desarrollada la urbanización, adquiridos los metales, evolucionado el idioma, enriquecido el cálculo, la abstracción fue posible: un Leucipo unifica la naturaleza en su concepción del átomo y un Anaxágoras todos los dioscecillos de las hipótesis religiosas en su revelación del nous.

Los cuatro instrumentos naturales primigenios engendraron la filosofía de los físicos ("peri physeos") jónica, y los dos instrumentos hominales, palabra y número, el idealismo postocrático con religiones monoteístas. Por supuesto, sin pretermitir la prodigiosa catálisis del genio humano individual, que armoniza y enaltece, que descubre o entusiasma:

El Primer Beroso, mesopotámico, que mueve la inquietud de Jonia hacia la búsqueda de los orígenes; Heráclito, que imbuye la sutilidad de su duda en el numeroso espíritu ateniense; Hiparco, que ilustra el malabarista genio alejandrino con técnica inverosímil entonces; Agustín, que laza el cristianismo con lucubraciones griegas; Newton, que enrumba por las matemáticas la urdimbre verbal del medievo; Einstein, que nos hunde en la metafísica del átomo... sin nombrar, que sería indetenible, los hacedores de religión, arte y política, hazañosos de luz en su vario orden.

La escasez de innovaciones en los instrumentos de naturaleza durante el largo milenio que va desde la segunda centuria precristiana hasta la décima séptima posterior, apuró compensatoria y supletoriamente la actuación de los instrumentos hominales —palabra sobre todo— y los condujo a disciplinas en que su imperio es invencible, como la dialéctica, la oratoria, la poesía, el derecho —digamos— de estambre especulativa o formal preferente. Ejemplo de este predominio es la teología, que desde el siglo segundo de nuestra era hasta el décimo sexto, inclusive,

gobernó el mundo con tal dédalo de construcciones verbales que casi lo enloquece y destruye, en escuelas, concilios y campos de batalla.

En el siglo XVII surgen a vigencia civilizadora la lente y el cálculo infinitesimal, con el demiurgo matemático del cero, que había permanecido a hurtadillas desde su llegada a Europa en el equipo cultural de los árabes sicilianos. Lente y cero, instrumentos de civilización que habían de engendrar un nuevo mundo de cultura, otros abriendo a la infinitud: telescopios para las incógnitas siderales, microscopios para los seres invisibles, espectroscopios para las presencias confundidas de la luz y los componentes moleculares; reconditeces del número que ya se parecen a Dios, como un logaritmo. Y con tales instrumentos la virtud mental de un Galileo, un Leeuwenhoek, un Lavoisier, un Euler, un Laplace, o adelante, Dalton y Rutherford, Maxwell y Minkowski, Planck y Roentgen... entre miles ahora. Ciencias matemáticas, ciencias naturales, ciencias fisicoquímicas y técnica instrumental, en fin, que produjo la civilización "materialista" de nuestra época y el "progresismo" utilitario que algunos maldicen.

Materialismo sin duda, porque el instrumento que inventamos para acrecer nuestro poderío, en actuando, se emancipa de nosotros y nos sujeta a sus veleidades e imperiosa habitud, como el reloj, la prensa cotidiana, el teléfono, el cinematógrafo, el automóvil, la televisión y el tornadizo dinero. Pero asimismo pábulo luminoso de una especulación abstracta en Spinoza y Bruno, en Descartes y Hegel, en Nietzsche y Bergson. Que la misma religión medioeval convierte en la sabiduría social de los pontífices modernos y los dogmas agilita con actitud más dúctil.

Con rudos accidentes de tránsito, también, e ideológicas catástrofes: Bacon propone nueva inspección, Hume deduce abrumadoras consecuencias, Kant rebusca piadoso lenitivo, y todos, a la postre, solo ensanchan el enigma.

Civilización instrumental en que la persona corre el riesgo de adjetivarse a su misma creación —la máquina— y perder la reciedumbre de sujeto eminentemente reactivo que la llevó a la conducta de la naturaleza y vislumbre innegable ya, de dominación del destino. Porque bordeamos doble pendiente de frustración y de victoria: de una faz, el hecho de que el conocimiento —y es enorme hoy día— esfuerza el yo en proporciones divi-

nales de potencia, y de otra faz, el peligro de una desgana de vivir, de un colapso de todas las ilusiones. Ese tremendo pro y contra de cuanto existe, ese maniqueísmo, por decirlo así, de las esencias, cual si la nada no fuese ausencia de ser sino ente negativo que coparticipa en la constitución de toda realidad y haciimiento de todo acto. Tal se nos revela en muchos triunfos que enorgullecen nuestra civilización, principiando por el tiempo, que habiéndosenos multiplicado por miles a causa de la velocidad con que realizamos lo que antes exigía decenios y aun siglos, en vez de alargarse se ha encogido y ya nos parece más fugaz que nunca, casi casi tramposamente efímero. Sin duda porque echamos más eventos en su decurso, pero también en sí, matemáticamente computado. Esto demanda nuevos planteamientos valorativos, de la conciencia, por virtud de los cuales la sed de vivir muchos instantes se satisfaga con la intensidad de vivienda de uno solo. La conciencia de un saber, por ejemplo, que recorra la eternidad de un querer conocer y permanecer por ende. Que resuma la eternidad en un acto de conciencia.

Esto se patentiza mediante una somera hipótesis: si nos fuese dada una eternidad totalmente aparte del ambiente en que vivimos, un yo, pues, sin su circunstancia, sin el mundo que le corresponde, la dicha eternidad nos causaría el horror de un vacío, de una absoluta carencia de sustentación. Seríamos una nada consciente, inenarrablemente angustiada. Ello nos dice que nuestra entidad no se delimita por la epidermis del cuerpo ni la epidermis de la conciencia, sino que se hunde en las entrañas de un proceso arcano, del que nuestro mundo es apenas vestigio hartamente ilusorio, y así, lo que constituye un instante en el devenir de esta apariencia, puede ser la permanencia de lo eterno, medido con otro patrón de valores: la plenitud de ser o de poder o de conocer, v. gr.

Muchos creen que nuestra civilización "materialista" eliminó la idealidad de religiones y filosofías, y hasta del amor y el arte, sin parar mientes en que la ciencia contemporánea es la más abstrusa metafísica que vieron los siglos ni hombre alguno logra concebir satisfactoriamente, y en que tampoco nunca fue el arte más inaccesible o más embeleñado el corazón del hombre: Amor, drama, novela, poesía, vamos al decir, o música y pintura, otra cosa no son que romanticismo en busca de sujetos ideales sin corporeidad, elipsis del deseo.

Es que en la dialéctica de la historia se suceden los períodos de análisis y de síntesis, o de sístole y diástole, si se quiere otra similitud, y el en que estamos hoy ha llevado esa dicotomía a límites de una casi evanescencia: La unidad atómica que Leucipo y Demócrito propusieron en una hora de balances sintéticos, y el perspicuo Lucrecio Caro bellamente expuso, se trocó en un sistema semi-solar de partículas en la mente de Bohr y punto menos que en una galaxia de enigmas luégo: las diez y seis partículas que ahora nos describen, ya son más posiciones de la energía que entes cabales, períodos matemáticos de un proceso inconsútil; la unidad anaxagórica del nous, adelante Logos, trocose en un trasunto del pensamiento informe, de lo que "sigue" de toda frontera inexplorable. Es decir: instinto, inteligencia, subconsciencia, intuición, atención, reflexión, abstracción, imaginación, simbolización, razonamiento, juicio, voluntad, memoria... y una cohorte de procesos electrofisiológicos progresivamente diferenciables en ondas y ritmos, día a día más sutiles.

Es pues una edad analítica. Ramificación indetenible. Alejandrismo conceptual desbocado y fatigante. Ya los signos de mensura no dan abasto por arriba y por abajo de las normales de otro tiempo: hay que añadir "megas" y "micros" en toda dirección, desde un megaparsec hasta un micromicrón de milímetro. Cuando los romanos se contentaban con solo la precisión de la hora, el físico contemporáneo registra procesos de una cuatrillonésima de segundo, apenas matemáticamente concebibles.

Tales sutilezas han hecho desvaneciente nuestro mundo, que pues no sabemos si es realmente ontológico o mera cinematografía de Maya. Berkeley ya no requeriría de apelar a la incertidumbre sensorial. Bastaría un poco de cálculo. Díganlo si no nuestras perquisiciones acerca del tiempo: nadie duda, v. gr., que el ser y el discurrir—númeno y fenómeno—presuponen un presente, pero qué sea el presente desafía toda imaginación, ya que en el momento de concebirlo es pasado. En los procesos de la desintegración del radio surgen cuerpos definibles con duración de una sextillonésima de segundo, que dentro de ese lapso, hipotéticamente al menos, tienen principio y fin, pasado, entonces, y futuro. Esta inasibilidad del presente nos conduce a definirlo como una posición sin dimensiones.

Mas ello es que todo lo que existe tiene indeclinablemente alguna permanencia, y así, como en el cuanto de acción, es inelu-

dible conceder que el tiempo es parte del ser, a más de signo suyo de duración, es decir un supuesto sin magnitud que engendra magnitudes. Porque en la constitución mínima imaginable (o real si logra probarse que así ocurre) hay que suponer un cuanto de duración entitativo, es decir, genitivo del ente.

Lo que no empece explorar otro problema que tales meditaciones suscitan, a saber; ¿Entre la nihilidad y el mínimo de ente concebible hay un surgimiento por salto, de la nada a una cantidad discreta, un tamaño dado, con una virtud dada en un tiempo dado, o un comienzo indefinible que crece fluyendo sin discontinuidad de acción? Ese número que limita con el cero es indeterminable, y esa cuantía infinitesimal, tan pequeña como se la suponga, equivale a la infinitud con relación al no ser. Sería pues un “casi nada” que es un “casi-infinito”. Y no se diga que ello es ociosidad de especulación “diletante”, porque en los espacios intergalácticos existen cúmulos de hidrógeno que plantean el enigma de si hay o no un crecimiento cuantitativo del cosmos, es decir, una creación incesante de materia, y convendría saber si esos yones surgen definidos ya o tienen un proceso de previa originación actualmente inconcebible.

De todos modos, la unificación genial de la naturaleza que inició Leucipo con su hipótesis del átomo, y la del espíritu que determinó el nous de Anaxágoras, vuelven al telar del entendimiento y tablero de las discusiones escolares por causa del maravilloso aporte de los instrumentos, produciendo un entrecruzamiento inextricable de civilización material y cultura ideal que destruye la supuesta contradicción de sus destinos, y nos los revelan como meras faces —y fases, a veces— de un mismo proceso mental evolutivo. La religión, la moral, la filosofía y el derecho, temas culturales por excelencia, o la historia y el arte, si se prefiere otro rumbo, padecen hoy día de aquella imprecisión ideológica esencial de la ciencia contemporánea, con grave deterioro de la conducta social del hombre. De ahí que una disertación de esta índole resulte eminentemente práctica y urgente, con urgencia de calamidad pública e urgencia personal de salvación. Si el hombre es la medida de todas las cosas, como dijo Protágoras, o esa medida es Dios, como Sócrates propuso, no tiene sentido común en tanto no sepamos qué es Dios y qué el hombre. Ni esto es factible mientras ignoremos la ontogenia de la realidad en que uno y otro actúan.

Pues bien, hacia tal meta o desiderato nos guía el saber técnico contemporáneo que aparentemente nos embrolla y confunde. Los telescopios gigantes, los microscopios sutilísimos, la cibernética y el cálculo, que multiplican por miles la capacidad mental del hombre —máquinas computadoras—, por ejemplo, de un lado —el lado de los instrumentos naturales— y del otro el estudio de las funciones cerebrales que la fisiología y la patología adelantan, aunado con el análisis del pensamiento, que la onirología sensata permite seguir gradualmente mediante la espontánea simplificación de sus procesos —instrumentos hominales, pues— nos están conduciendo a otra de las grandes síntesis de la sabiduría, en que no ya naturaleza y espíritu aparte se uniformen, sino ambos, en una esfera superior.

Ya al ver, cual vimos, el punto sin duración equipararse a la eternidad en su posición de “presente”, en cuanto éste de alguna manera abarca todo el pasado, como receptor suyo, y todo el porvenir, como tendencia suya, y al ver la realidad en su mínimo de ser naciente, aproximarse al cero, presumimos con buena garantía de verosimilitud que el mundo estéreo-crónico, este mundo de espacio y tiempo que los sentidos espacio temporales nos revelan, puede solo ser un aspecto de alguna entidad ignota, matemática si se quiere fantasear un poco, o meramente ideal, como la “posibilidad absoluta” de que en otro ensayo traté antes. A este propósito es útil recordar que el número nos socorre con alguna iluminación analógica al revelarnos que no comienza en la unidad sino en el dos, pues que solo hay “uno” cuando hay “otro” y así la sustancia no puede ser sin la acción, el número sin el fenómeno, porque en existiendo, en “estando-fuera” de sí, es; de todo lo cual se deduce que el fenómeno es tan esencial como el número. Al “estar-fuera” de sí, el número engendrará tiempo y espacio, o sea la realidad física que conocemos, y este cosmos fenoménico resulta tan necesario al concepto de Dios, como lo es Dios para la naturaleza en las mentes religiosas o para la arquitectura del pensamiento en el filósofo que lo concibe como un logaritmo ideal de la infinitud.

Y algo aun sorprendente en el orden moral: Que el yo es el individuo y su tarea, indisolublemente, y así, en cuanto buena o grande esta, en tanto bueno o grande aquel, y en cuanto nula, nulos ambos. Y puesto que la tarea es lo que relaciona con el resto de la realidad y se funde en ella para permanecer y proseguir activo, vemos en tal concepto del yo una base ética que

partiendo del egoísmo natural —o apetito de ser— produce una conducta altruista eficiente de vinculación familiar, social e histórica.

Dicho lo cual, a modo de ejemplo de todo lo que puede escudriñarse en el mundo aladinesco y dantesco a la vez que nos cupo en suerte, miremos su proyección pragmática en el actual momento histórico colombiano.

Dos hechos mayores nos ofrece a consideración, entre los muchos que lo constituyen: Un retraso en sus recursos técnicos y una deficiencia de madurez en los culturales.

Constituye madurez la adecuación de la respuesta que damos a la vida a la demanda que nos hace: Dicha madurez se revela en la palabra exacta para el concepto preciso, en el color justo para el dibujo indefectible, en la nota acorde para el ritmo conveniente, en la hora oportuna para la tarea útil, en la exacta cantidad, calidad y continuidad del esfuerzo para el logro de la obra presupuesta. Y entre nosotros predominan la aproximación, la indecisión y el abandono final. Casi sabemos lo que queremos, casi hacemos lo que deseamos, casi somos lo que debiéramos ser. Todo en nosotros es impreciso, inconcluso, e inestable por ende. Imperio de la emotividad efímera. Genio a la alborada, languidez al mediodía, colapso en la tarde, definitiva frustración: Inmadurez. Lo que no significa deshaucio para el engendramiento de una labor cultural excelente, porque esa emotividad bien disciplinada es fecunda en iniciativas mentales y primer impulso volitivo, en efusión de afectos y gentileza de trato, y con un poco de pedagogía escolar y adiestramiento de labores puede adquirir victoriosa reciedumbre.

Justamente, son eximias las facultades de nuestra nación para las empresas que se nutren sobre todo de emotividad y de su primogénita la mariposeante fantasía: lírica, oratoria, periodismo, donaire vocabular, retruécano o aligera comprensión, efusivo trato, fácil promesa. Lo cual organizado con ligaduras de tenacidad y certidumbre de conocimientos nos haría invencibles. Sin que valga alegación de que ello es arduo y cosa apenas propicia a los héroes: baste saber que una hora diaria de estudio durante diez años nos permite dominar con creces las materias

más abstrusas y ser en ellas honrosa y fructuosamente perito. Que así se forman los sabios, así triunfan los doctos, y ello factible.

La actual civilización exige a los pueblos dominantes legión de técnicos que ganen para su holgura económica y preeminencia cultural el competido triunfo, por tal modo que la guerra efectiva, la magna guerra, no se combate hogaño con bombas de hidrógeno o trinito-tolueno sino con ecuaciones matemáticas y procesos industriales. Y como otro recurso no hay para adquirir tales prendas de victoria que la indefectible preparación docente, sería discreto enviar a donde mejor se disfrute de ella unos quinientos estudiantes becados, y sustituirlos a medida de su satisfactoria culminación de estudios o de su incorregible ineficacia lectiva, que siempre ocurre, de manera de mantener ese número constante por tantos años cuantos lo justifique nuestro déficit. A ciento cincuenta dólares la beca, serían unos diez millones de pesos anuales, ciento en diez años. ¿Mucho acaso? Sí y nó: Considérese que hoy producimos once mil millones de pesos con sistemas que pueden mejorarse hasta el doble en tal decenio de intensa aportación científica, y descuéntese lo que se quiera, el noventa por ciento, v. gr., y quedaría aún la generosa utilidad de un mil por ciento.

Sino que esos estudiantes no irían a la buena de Dios y capricho de sus flaquezas, como hoy acontece a menudo, pero seleccionados con patriótica pulcritud, y vigilados por los cónsules, como lo hizo el Japón, desde la época agonal del célebre Mutso-Hito.

Legión de técnicos, y no haya temor de que la cultura ideal mengüe, pues ya vimos en el análisis inicial de esta disertación que lo técnico en manera alguna se contrapone a lo abstracto, sino que lo engendra en la especie y calidad de sus virtudes, que cultura y civilización son términos de uso práctico, útiles para señalar y remediar exageraciones posibles, más nunca esencias aparte.

La angustia del destino es el peaje que el arcano impuso al don maravilloso de la existencia, y la espiritualización de tal angustia constituye la respuesta del hombre, que se da en civilización o cultura y se mantiene en historia. Santidad, heroicidad, sabiduría son sus operarios y el pueblo que no los tenga carecerá de entidad histórica y de espíritu.